

CUANDO EL SOL SE PONE (Félix Esáin Ibiricu)

De aquella cuerda sujeta a la pared con dos escarpías pendían un par de cazos de cobre, aquel colador esmaltado del año la polca y cuatro coberteras amarradas todas ellas en un cordel que pasaba por entre las ansas. Debajo, una mesa forrada con hule servía de mantel en aquellas largas tardes de invierno, sentados frente a la lumbre sintiendo el susurro de la ventisca que sacudía los postigos de las ventanas. De la vara de fresno clavada en los maderos que sujetaban la techumbre, colgaban media docena de ristras de chorizo de la última matanza; y una alacena con tazas, tazones y platillos, otro estante adornado con puntillas de bolillo colmado de pucheros y sartenes, una cantarera que hacía de rinconera y aquel ventanal de ajados listones que procuraba luz y ventilación. Y que servía reclinado sobre su alféizar, para contemplar absorto como se escondía el sol por detrás del Hoyo de la Herrera, sin pausa y sin prisa, dejando entrever con sutileza la luna que iluminaba los trigales de La Lomba, aceitunados cuando el grano crece y trigueños cuando madura; los arces de la Cereda para algún día llevar al hombro la tradición del ramo por las callejuelas del pueblo y la silueta recortada en el rojizo atardecer del caserón del tío Timoteo, piedras centenarias que olían a musgo y escarcha, a humo de encino y puchero de caldo.